



San Jerónimo en su estudio, Joos van Cleve, (detalle)

A

El traductor se convierte en altavoz de una voz
extraña que él hace perceptible por encima del
abismo del espacio y del tiempo.

Cuando la voz extraña tiene algo que decir,
el lenguaje tiene que parecer distinto que antes.

Franz Rozenzweig

Artículos

**LA TRADUCCIÓN:
MARE NOSTRUM MUCHOS SIGLOS DESPUÉS**
LOURDES ARENCIBIA RODRÍGUEZ
Universidad de La Habana

La Historia es la Gran Relatora del quién, qué, cómo, cuándo, dónde y por qué de la raza humana y de su mundo. Para los traductores e intérpretes retrazar las huellas que dejó su profesión en el tiempo, identificar a sus artífices y recorrer su reflexión en las distintas circunstancias de su desempeño es mucho más que un quehacer curioso, es medirse con uno de los más antiguos, representativos y sugerentes ejemplos de dedicación humana a la útil tarea de la comunicación a lo largo de los tiempos.

1492 es, sin lugar a dudas, una fecha para retener en esa Historia. Mucho se ha hablado del «descubrimiento» del Nuevo Continente por Cristóbal Colón en las postrimerías del siglo XV y de sus repercusiones en el mundo por entonces conocido. Hoy día, siglos después, la Gran Relatora se ha encargado de informarnos que, habiéndose tratado en pureza de un mutuo reconocimiento de civilizaciones, del tope de dos porciones de un mismo y único hábitat para la raza humana hasta entonces sólo separado por el desconocimiento y el mar, por mor del rigor que nos exige cabe referirse a ese hecho como el «encuentro entre dos culturas y civilizaciones». Pero, en esta orilla, como en la otra, los traductores e intérpretes tuvieron igual tarea de transmitir y perpetuar la memoria histórica de ideas y acontecimientos. Por eso este trabajo arranca esta vez del «lado de acá», situándose precisamente en ese otro *Mare Nostrum* del Nuevo Mundo; primer escenario del encuentro, conformado por la cuenca antillana y caribeña, el golfo de Méjico, la península de Yucatán y Guatemala, lugar de

asentamiento además, de la cultura maya-quiché precolombina.

Para ello, hemos dividido el artículo bajo tres epígrafes:

- Las traducciones de las crónicas del Encuentro (siglos XV y XVI).
- Los primeros intérpretes del Nuevo Mundo.
- Las traducciones de los más relevantes monumentos de la literatura maya precolombina.

**I. LAS TRADUCCIONES
DE LAS CRÓNICAS DEL ENCUENTRO
(siglos XV y XVI)**

Creo que a los cronistas del Encuentro y a sus traductores podría extenderseles con justeza el calificativo de «descubridores» por el valor de la obra de divulgación a ellos debida de un acontecimiento tan singular como el que tuvo lugar en las postrimerías del siglo XV.

Sin proponernos ser exhaustivos, entre las más importantes obras traducidas, cabría mencionar en primer lugar las del *Diario* y las *Cartas* de Cristóbal Colón, llevadas al latín por el clérigo Leandro Cosco, tan sólo un año después del histórico acontecimiento. Gracias a la traducción de Cosco de la obra autobiográfica y epistolar del Gran Almirante, impresa en Roma en 1493, se conoció en Europa el hecho con tanta celeridad. De las *Cartas* se hicieron poco después nueve ediciones más.

No menos relevante fue la difusión de la obra de Américo Vespucci (1454-1512) *Mun-*

La traducción: «*Mare nostrum*» muchos siglos después *deus Novis*, escrita en latín en 1504 y llevada al italiano en 1505 con el título de *Lettera di Americo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi*. En ese mismo siglo, las *Cartas* se tradujeron al alemán varias veces.

Francisco de Jerez (1504-¿?) acompañó a Francisco Pizarro en la conquista del Perú. En unión de Sámano escribió *La Verdadera relación*, impresa en 1534, donde narra las riquezas de Jauja, Pachacom, el Cuzco, el rescate de Atahualpa, etc. Se tradujo rápidamente al francés, al italiano y al inglés.

La obra original de Juan de Grijalva titulada *Itinerario de la Armada de Rey Católico a la Isla de Yucatán en la India el año 1518*, se extravió y sólo se conoce a partir de su traducción al italiano. Otro tanto sucede con la de Fernando Colón (1488-1539), hijo natural del Gran Almirante, escrita en español, pues sólo se conserva la traducción italiana publicada en 1571. Se trata de uno de los testimonios más valiosos para reconstruir la vida y la obra de su padre.

De estos primeros años data también la *Historia de los reyes chichimecas* de Fernando de Alba, traducida al francés, y la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, escrita en nahuatl y traducida al castellano por Fray Bernardino de Sahagún (1500-1590) en 1577. Descubierta incompleta en el siglo XVIII, se han hecho varias ediciones y traducido al francés, italiano y alemán.

El mérito mayor de esta producción traduccional no reside en su valor intrínseco desde el punto de vista de la profesión, sino, como hemos señalado, en el papel que desempeñó de inmediato en Europa en la divulgación de los acontecimientos del Nuevo Mundo, y en la contribución que ha hecho perspectivamente al estudio de la época, sus actores y sucesos.

II. LOS PRIMEROS INTÉRPRETES DEL NUEVO MUNDO

Si bien la traducción escrita en el Nuevo Continente es un hecho histórico documentable y, por ende, testimonial por excelencia de momentos diferentes de la evolución del fenómeno lingüístico iberoamericano y de nuestros contactos con otras lenguas y culturas, todas las modalidades de esta actividad comunicativa partieron allí de la cadena hablada.

En el primer lugar que desembarcamos pude entender sólo unas cuantas palabras del habla de la gente. Esto me entristeció, puesto que yo quería serle más útil a Colón que sirviéndole sólo para friccionarle, vaciar su bacinica y cuidar su ropa. Se enojó tanto por eso, como se había enojado cuando los cubanos no entendieron el habla judía de Luis; pero luego decidí capturar a un hombre amistoso, que se acercó a la nave en una canoa, y forzarlo a traducir. Era muy de Colón hacer esto sin pensar que, como el hombre, no hablaba castellano, le era menos útil que yo...¹

Esta cita nos introduce en el mundo de la comunicación que vamos a llamar «traducción de intermediación» que se manifiesta en el período del Encuentro (1492-1510).

El narrador Yyael, personaje de ficción, aunque bien pudo ser real, es un aborigen de Guanahani (Walting), isla del archipiélago de las Yucayas, hoy Bahamas, que metido en la piel de un traductor-intérprete, acompañó al Almirante en sus peripecias por el Caribe.

Es sobradamente conocido que un grupo de indígenas acompañó al Almirante desde su primera escala en tierra americana para servirle de intérpretes. Uno de ellos, fue bautizado posteriormente como Diego Colomb y es el mismo cuya identidad pretende reivindicar Belfrage en su nota *Nota a los colombinos* y después en el presunto manus-

¹ C. Belfrage: *Mi amo Colón*, p. 297.

crito de Fray Diego Lucero, fechado en Córdova en 1507 que figuran en su novela *Mi amo Colón*, aduciendo que Yyael y Diego Colomb son la misma persona.

El segundo personaje, que se menciona en la cita alcanza para los cubanos particular relevancia porque debe su historicidad a haber sido el primer traductor-intérprete al castellano que se desempeñó en Cuba en 1492. Se llamaba Don Luis de Torres y era un judío converso que además del consabido latín se daba mañas en árabe, hebreo, griego y arameo, lenguas que tuvo que dejar a un lado en las Antillas y sólo quedarse con las mañas para tratar de adiestrar a los nativos, quienes, según cuenta la historia, más pronto que tarde tomaron su lugar y la palabra.

En la traducción de intermediación, destinada a funcionar sobre todo en situaciones de pura comunicación, las lenguas que traban contacto tienen, por lo regular, nivel de desarrollo escaso y desigual. En este caso particular, por un lado, se trataba del aruaco que, según el antropólogo Daniel G. Brinton, era el tronco lingüístico más definido en América del Sur y, en aquella época, alcanzaba hasta las Yucayas o Bahamas, a poca distancia de la región septentrional del continente. El propio Colón en el fragmento de su carta anunciadora del descubrimiento, impresa en Barcelona por Pedro Posa, en 1493, relata que «en todas estas islas, non vide mucha diversidad... ni en la lengua, salvo que todos se entienden, que es cosa muy singular».

Según Manuel Rivero de la Calle:

...se ha querido encontrar una gran diferencia cultural entre el Guanahatabey y el Ciboney, principalmente, porque los intérpretes que acompañaban a Colón en el segundo viaje, pudieron entenderse con los habitantes del sur de Camagüey y del Golfo de Guacanayabo, y no con los del occidente de Cuba. Nosotros creemos que ello se debe a que los guanahatabeyes que Colón encontró confinados al oeste de Cuba, eran muy antiguos en esta región y, por lo tanto, no pudieron hacerse enten-

der con los aborígenes taínos que trajo Colón de Haití y las Yucayas y que pertenecían justamente al grupo terminal de este complejo aruaco que fue penetrando en el archipiélago cubano por oleadas sucesivas, desde una fecha bastante remota.

Era evidente, empero, que los incipientes léxicos antillanos no podían expresar una reflexión que fuera más allá del universo material circundante y que carecían de vocablos para explicar una buena parte de los conceptos europeos. Pero, si bien el español era más evolucionado que el aruaco, no hay que olvidar que procedía de un latín ya degenerado, anterior a la gramática de Nebrija. La traducción de intermediación era, pues, la única forma posible de establecer una especie de puente capaz de sortear la barrera transcultural.

Por demás, el antecedente directo de Don Luis de Torres, habría que buscarlo con certeza en la escuela de Toledo (1125-1151), donde «pese a la escasa conciencia del idioma propio, traducían al romance, como podían, del árabe y del judío, no sin antes pasar por la censura de los revisores de castellano»,² contribuyendo en muy alta medida, sin embargo, al enriquecimiento de la lengua.

Otro intérprete de la época y, por cierto, el primer traductor negro conocido al español y acaso el primer negro brujo que hubo en Cuba fue Estevancio.³ Llevado por Pánfilo de Narváez a la Florida en 1527, permaneció en suelo indio de la actual Texas, en unión de algunos supervivientes de la fracasada expedición, hasta 1539, donde muere a manos de los indios zuniz —quienes jamás habían visto un negro— por utilizar una calabaza, de

² Gerona: *Cualidades requeridas de la traducción documental*, p. 32.

³ Mencionado por Alejo Carpentier en *La música en Cuba*, p. 33, y por Fernando Ortiz en *Los negros esclavos*, p. 92.

La traducción: «Mare nostrum» muchos siglos después
valor ceremonial, como instrumento de música.

La proyección que nos llega hasta nuestros días de estos primeros intérpretes no es muy halagüeña. Yayael acabó por verse repudiado por los suyos. No fue, sin embargo el único en correr esa suerte.

Hay muchos testimonios documentales de la época que atestiguan que los conquistadores se sirvieron de los intérpretes, entre otras cosas, para disuadir a las poblaciones autóctonas de oponerles resistencia. Así, en la obra de Francisco López de Gomura (1510-1560) titulada *Historia de la Conquista de Nueva España*, hay un pasaje en latín escrito por el propio autor sobre la vida de Hernán Cortés: *De rebus Gestis Ferdinandi Cortessi* donde se narra que Juan de Grijalva, sobrino de Diego Velázquez y predecesor de Cortés «despachó también mensajeros a los indios con el intérprete Julián para que los disuadieran de su empeño en pelear, bien por la persuasión o con amenazas».⁴

En otro pasaje revelador, los propósitos de esa utilización aparecen claramente expuestos por el propio Hernán Cortés en sus *Escritos sueltos* en una misiva que el Conquistador dirige a Diego Hurtado de Mendoza al partir este último a explorar los mares del Sur, en los siguientes términos:

Dareis a los señores de las tierras donde llegades o poblardes las cartas mías que llevais para ellos, las cuales van escritas en latín, porque, como lengua más general en el universo, podrá ser, según hay contratación en esas partes de muchas y diversas naciones a causa de las especerías que hallareis judíos o otras personas que las sepan leer. E no hallando tales personas *haréis las interpretar* o declarar a la lengua arábiga que llevais, porque de ésta creo que hallaréis más copia por la mucha contratación que con los moros tienen. E si no tuvieren *lleaos un indio natural de Calicut: éste forzado fallará lengua que se entienda*, e por

medio della se podrá decir a los naturales de la tierra todo lo que quisierdes.

El caso más conocido y estudiado es el de la princesa Marina, a quien sus compatriotas llamaron Malitzin y que es más recordada en la historia como «la Malinche», primera intérprete femenina que alcanza celebridad como tal en el Nuevo Continente, amante, consejera e intérprete de Hernán Cortés, de «cuyo directo aviso se valió para esclavizar a su tierra» (Marroquí) y, por tanto, «encarna para los mejicanos el símbolo de la traición de los valores autóctonos y la sumisión servil a la cultura europea».⁵

Marina pertenecía a la familia de los caciques de Xicalingo: «india y señora... gran Cacica e hija de grandes Caciques y señora de vasallos», la describe el historiador de la Conquista, Bernal Díaz del Castillo. Los caciques de Xicalingo, a la muerte de sus padres la dieron a los caciques de Tabasco y éstos la regalaron a Hernán Cortés entre los presentes que esta tribu hizo al Conquistador para celebrar un tratado de paz.

Hablaba la lengua de Guazacualco, que era la propia de Méjico y la de Tabasco y, sigue narrando Bernal: «como Doña Marina en todas las guerras de la Nueva España, Tlaxcala y Méjico fue excelente mujer y buena lengua, a esta causa la traía Cortés siempre consigo».

Conviene señalar que para Bernal haber sido «excelente mujer en todas las guerras» significaba «haber actuado en situaciones peligrosas, de negociaciones diplomáticas, en gestiones delicadas y escenas de dureza como tormentos y en la predicación del cristianismo; intervenido constatemente en todos los hechos de la conquista, persuadiendo a sus compatriotas a que se sometieran y no ofrecieran resistencia a los españoles; des-

⁴ Traducción de J. García Icazbalceta.

⁵ Bertone: *En torno de Babel*.

cubierto a los espías tlaxcaltecas en el campamento de Cortés y revelado la conspiración preparada en Cholula; presenciado la rendición de Cuauemoc y participado en el interrogatorio que se le hizo sobre los tesoros y asistido después a su ejecución», como apunta el *Diccionario de la Historia de España* de Jae.

A través de esta mujer pasaron las relaciones entre Moctezuma y Cortés y la obligación impuesta al emperador azteca de ir a vivir al cuartel español y de someterse a Carlos V. Su traición fue perpetuada por los pinceles de un artista de Tlaxcala que la representa mostrando a los españoles la puerta de escape del templo para huir del sitio de sus compatriotas. Ha pasado a la leyenda como «la Llorona» en el hermoso cuento de Marroquí, puesto que el pueblo mejicano cree que el fantasma apodado la Llorona, que vaga en las noches oscuras, cuyos ayes y lamentos pueblan el aire, es el alma de la Malinche condenada a no hallar reposo y paz como castigo por traicionar a su pueblo.

Marina realizaba su trabajo en unión del intérprete de los españoles Jerónimo de Aguilar que también entendía la lengua de Yucatán y el tabasco mediando con los indios y trasladando a Aguilar cuanto éstos le decían para que éste a su vez lo tradujera en castellano a Cortés. No pocas discrepancias surgieron entre los dos intérpretes, resueltas, por cierto, a favor de la Malinche, una vez que se convirtió en la amante del Conquistador.

«Fue este un gran principio para la conquista —opina Bernal— y así se hacían las cosas... muy prósperamente... Doña Marina tenía mucho ser, y mandaba absolutamente entre los indios de toda la Nueva España».

Increíblemente hay pruebas de que los indígenas, pese a todo, la estimaban en gran medida. Baste señalar para ello las transformaciones que sufrió su propio nombre de bautismo. Como el alfabeto de los aborige-

nes carecía de la consonante *r*, la sustituyeron por la *l*; de suerte que, al principio, comenzaron a decirle Malina, pero como era un personaje amado y respetado agregaron a ese nombre la partícula *-tzin* que expresa en la lengua autóctona sentimientos de amor y estimación; de ahí viene *Malitzin*, que el tiempo se encargó de transformar en Malinche.⁶

Malinche murió en España abandonada por Cortés y roída por los remordimientos.

De esta época data uno de los documentos más antiguos y mejor conservados de la profesión. Se trata del texto que recoge los principios de deontología para regir la profesión del intérprete en el Nuevo Mundo. Es el título XXIX de la *Recopilación de las Leyes de Indias*, promulgada en 1680 para reglamentar el trabajo de los mediadores de la época.

La primera de las 14 leyes (1529) establece que los intérpretes tienen que ser fieles, cristianos y bondadosos, ya que son el instrumento por medio del cual se hace justicia y se gobierna a los indios.

Los presidentes de las Audiencias deben velar por la moralidad del intérprete.

Antes de ejercer sus funciones, los intérpretes deben prestar juramento de que usarán su oficio correcta y lealmente, sin encubrir ni añadir cosa alguna; traducir imparcialmente sin favorecer a ninguna de las partes y sin tener en el pleito otro interés que el del salario.

No podrán aceptar prebendas, dádivas y promesas ni de españoles ni de indios.

De no respetar las condiciones serán condenados por perjurio y perderían el empleo.

Los programas y horarios de trabajo aparecen minuciosamente especificados, lo mismo que la remuneración.⁷

⁶ Cecilio Ravelo: *Diccionario de Aztequismos o Jardín de las raíces aztecas*.

⁷ Carlos A. Catropi.

La traducción: «Mare nostrum» muchos siglos después

Los intérpretes de la época contribuyeron también a la labor de evangelización de los misioneros de diversas órdenes, particularmente la franciscana y la dominicana. Si recordamos cómo estaba organizada la sociedad en aquella época y qué papel desempeñó específicamente la religión cristiana en su estructura, comprenderemos que la difusión del cristianismo no hacía sino demostrar que los gobernantes tenían una urgente necesidad de atraerse el apoyo ideológico de la Iglesia que presentaba a los soberanos como «príncipes por la gracia de Dios». Traducir, pues, significó cristianizar, y cristianizar llevaba implícito traducir.

Por eso la Iglesia en el Nuevo Mundo también siempre se sirvió de intérpretes, sobre todo de griego y de latín. De suerte que la difusión de textos religiosos traducidos respondió a un objetivo proselitista: el de acelerar la conversión al cristianismo de los aborígenes y así consolidar el poder político y religioso.

Nuestra instrucción comenzó por medio de los Padres de Santo Domingo —narran los indios cakchiqueles de Guatemala en el *Memorial de Solola*— Luego salió la Doctrina en nuestra lengua. Nuestros Padres Fray Pedro y Fray Juan fueron los primeros que nos predicaron la palabra de Dios... Estaban también los padres de San Francisco, Padre Alamicer, el padre clérigo y los padres de Santo Domingo. Ellos trasladaron la doctrina a nuestra lengua y así fuimos pronto instruidos por ellos.

III. LAS TRADUCCIONES DE LOS PRINCIPALES MONUMENTOS DE LA LITERATURA MAYA

Poco se supo antes del siglo XIX de la existencia de la literatura indígena precolombina del Nuevo Continente, aunque algunas traducciones —más bien transcripciones a otras lenguas— se hicieron de las obras conocidas más representativas de esas cultu-

ras, que, por suerte, se habían conservado en las bibliotecas de Europa y de Norteamérica.

En las civilizaciones mayas —la más representada en esta literatura— el conocimiento de la escritura no estaba al alcance más que de los gobernantes y de los sacerdotes. De suerte que éstos, para difundir el culto, hacían en las ceremonias religiosas una especie de interpretación oral en beneficio de los asistentes apoyándose en los códices. Desdichadamente, no existen testimonios documentales auténticos de esa literatura toda vez que fueron destruidos por los colonizadores, que los consideraron perniciosos para la cristianización. Fray Diego de Landa, cronista de la época, relata en el *Auto de fe de Mani* que:

Hallándoles [los conquistadores] gran número de libros de éstas sus letras y porque no tenían cosas en que no hubiese supersticiones y falsedades del demonio, se los quemaron todos, lo cual sintieron a maravilla y les dió mucha pena.⁸

No obstante, las obras indígenas del periodo colonial se deben a la pluma de esos mismos misioneros españoles protagonistas del episodio que acabamos de recordar, quienes adaptaron los caracteres del alfabeto latino a la representación de los sonidos mayas y ordenaron los diferentes elementos del lenguaje para poder llevar adelante la evangelización.

Así, se tienen noticias de un texto chontal escrito en nahuatl que el amanuense del pueblo tradujo para Martín Maldonado al chontal y posteriormente al español en 1614 y que figura en los *Papeles de Paxbalon-Maldonado*.

Está el *Título de los Señores de Sacapulas*, escrito por los señores de los linajes de Cunil y Tolteca de Sacapulas con documentos en

⁸ *Relación de cosas de Yucatán.*

quiché y en español (1551) y se tienen noticias de dos obras de tradición indígena traducidas al español del quiché y del tzutuchil que no se conservan: el *Papel del origen de los señores o Título Zapatillón* (1579) mencionado en la *Relación geográfica de Zapatillón y Suchipec* enviada al Rey por el corregidor Juan Estrada en 1579 y la *Relación de los caciques principales del pueblo de Atitlán o Relación Tzutuchil*.

Por su parte, también los autóctonos aprovecharon el aprendizaje del alfabeto latino para perpetuar su patrimonio cultural y plasmaron en su propia lengua la información que aparecía en los antiguos códices, las tradiciones orales transmitidas de generación en generación y sus propias vivencias en una literatura posterior a la Conquista que se conoce como «literatura maya», cuya labor de traducción se fue acometiendo paulatinamente siglos más tarde.

Abre esta muestra el *Popol Vuh*, «una de las más raras reliquias del pensamiento aborigen del Nuevo Mundo... el libro nacional de los quichés de Guatemala, el que de todos los pueblos americanos ha dejado el más rico legado mitológico»,⁹ «la obra de mayor valor para la historia y la etnología indígena de Centroamérica».¹⁰

Siguiendo la división temática que propone Mercedes de la Giza en *Literatura maya*, consideraremos tres categorías de obras:

- Los *Popol Vuh* místicos, históricos o proféticos.
- Los *Popol Vuh* rituales
- Los *Popol Vuh* histórico legales.

En la primera categoría encontramos *Las antiguas historias de los Quichés*, el libro más notable de la antigüedad americana, anónimo, cuya primera traducción del quiché al

castellano (1688) se conserva en la Biblioteca de Newberry, Chicago, y se debe a la pluma del Padre Fray Ximénez. Se titula *Empiezan las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala* (traducido de la lengua quiché en la castellana por más comodidad de los Ministros del Santo Evangelio por el RPF Francisco Ximénez, cura doctrinero por el Real Patronato del pueblo de Santo Tomás Chuila).

Según los especialistas, la traducción de Ximénez era demasiado literal y no muy clara, por lo que era difícil de leer. El traductor fue consciente de sus deficiencias y trató de enmendarla para hacerla más fácil y ligera de entender. El célebre americanista y abate Charles Etienne Basseur de Bourbourg en su deseo de que cobrara vida nuevamente el antiguo y mítico libro de los mayas que se había conocido con el nombre del *Popol Vuh* e irremisiblemente desaparecido, bautizó con ese nombre esta obra y la dio a conocer traducida al francés en 1861 con el título de *Popol Vuh. Le livre sacré et les mythes de l'antiquité américaine*, y de esa versión se realizó una traducción al castellano que se dio a la estampa en Centroamérica.

Hay otra versión de Raynaud, traducida en París y luego llevada al castellano con el título de *Los dioses, los héroes y los hombres de Guatemala antigua o El Libro del Consejo*.

Noah Elieser Pohorilles la tradujo al alemán en 1913 y otro tanto hizo Leonhard Schultze-Jena, de Marburg. Hay otras dos versiones modernas al castellano de Antonio Villacorta y Flavio Rodas respectivamente.

La traducción al español que se considera más autorizada es la de Adrián Recinos, publicada con el título de *Las antiguas historias del Quiché*, llevada al inglés por Sylvanus G. Morley en 1950 y publicada en Oklahoma como *The Sacred Book of the Quiche Maya*.

La segunda obra perteneciente a la categoría de los libros míticos es el *Memorial de*

⁹ Hubert Howe Bancroft.

¹⁰ Adolfo Bandeller.

La traducción: «*Mare nostrum*» muchos siglos después

Solola. *Anales de los Cakchiqueles*. En 1855, el abate Brasseur trabó conocimiento con el manuscrito original y lo tradujo al francés al percatarse de su importancia para el estudio de la lengua aborígen. Una copia de esa traducción pasó a manos del arqueólogo guatemalteco Juan Gavarrete, quien la llevó al castellano publicándola en el *Boletín de la Sociedad Económica de Guatemala* en 1873 con el título que le había dado el primer traductor del documento: *Memorial de Tecpan Atitlán*. Gavarrete no estaba seguro de la calidades de su propio trabajo, advirtiendo que el original había sido «examinado por muchos, más versados en idioma indio, sin que pudiera obtenerse una traducción integral y exacta de su texto».

Por su parte, Brasseur lo había traducido utilizando los conocimientos que tenía del idioma mejicano y de trabajos anteriores que había hecho del cakchiquel al francés, pero, pese a que su dominio del idioma no era despreciable, también desconfiaba de la exactitud de su versión, ya que la vida no le dio ocasión de volver a ver ni de corregir su trabajo a posteriori.

Daniel Brinton tradujo en 1885 al inglés solamente 48 de las 96 páginas de la obra, declarando que su versión se apartaba *ex profeso* de la de Brasseur. La difusión de esa traducción atrajo el interés hacia el tema en EE UU y en Europa, donde realmente poco o nada se conocía de los indios cakchiqueles. Sobre la versión de Brinton trabajó a su vez Georges Reynaud para hacer una segunda traducción al francés. Las traducciones modernas al español, asimismo sobre la versión inglesa, se deben a la pluma de Miguel Ángel Asturias y de González de Mendoza con el título de *Anales de los Xahil de los indios cakchiqueles*. A Celso Marciano Teletar se debe, por demás, la traducción al español de las 48 páginas restantes del *Memorial*.

El más importante de los códices mayas que han llegado a nuestros días es *Los Libros de Chilam Balam de Chumayel*. En 1933 se publicó por vez primera la traducción íntegra del manuscrito que estuvo perdido hasta mediados del siglo XIX, a cargo de Antonio Médez Bolio. Existe una traducción al inglés realizada por Roys del Carnegie Institut de Washington y otra de Gates, que se dio a la estampa en el *Maya Quarterly* de esa propia ciudad. Por su parte Péret se encargó de traducirlos al francés en 1955.

Los *Popol Vuh* rituales son: *El Rabinal Achi* y *El Libro de los Cantares* de Dzitbalche.

El primero de ellos es un drama indígena. En 1850, Bartolo Zis de San Pablo de Rabinal lo transcribió y lo dio a conocer pero el documento desapareció. El abate Brasseur conservó el texto en la memoria durante tres décadas y con ayuda de los naturales, cuya confianza se había ganado, lo reconstruyó para representarlo en quiché el día de la conversión de San Pablo en 1856. La versión en español que se conoce actualmente tiene un prefacio traducido del francés por Luis Cardoza Aragón.

El Libro de los Cantares de Dzitbalche es el único códice maya conocido hasta hoy dedicado a este género literario. Comprende 15 cantares para cantarse y bailarse y una portada. La traducción al español de Alfredo Barrera, llevada a cabo en 1965, ha tenido el cuidado de apegarse lo más posible a la letra «forzando a veces la sintaxis española, lo que no perjudica a esta lengua con miras a conservar el espíritu de la original».¹¹

Finalmente, los *Popol Vuh* histórico-legales incluyen las obras siguientes:

El Título de los Señores de Totonicapan (1554) de cuyo texto original se desconoce el paradero. La traducción del quiché al español data de 1834 y se debe al cura Dionisio José

¹¹ De la Gaza.

Chonay. Son muy curiosos los datos que contiene la carta de Chonay fechada en Sacapulas el 14 de septiembre de 1834 donde acredita la factura de la traducción porque nos permite conocer las dificultades que encontró en su desempeño, no solamente de carácter lingüístico, sino, en apremio de su cliente, como es usual en este oficio, al parecer desde tiempos inmemoriales, que no suele tener la más remota idea del tiempo real que toma realizar una labor de esta categoría por esa razón la reproducimos a renglón seguido:

Sr. D. Santiago Solórzano, jefe Departamental

Respetable Sr. de mi atención y mayor afecto: Hasta la fecha he podido cumplir el encargo que usted se sirvió hacerme en su apreciable del 21 de agosto. En dos o tres días hubiera querido servir a Ud. y a los interesados, pero a pesar de esos deseos he empleado tres completas semanas por lo trabajoso que ha sido entender una cosa tan llena de palabras o vocablos que no se usan y de cosas que no se conocen. Ojalá sea en algo útil a los interesados teniendo la bondad de disimular y enmendar los defectos.

Deseo sea la interesante salud de Ud. completa y que disponga de su afectísimo seguro servidor y capellán que atento BSM de Ud.

Dionisio José Chonay

Otra obra en esta clasificación se conoce actualmente por su título original: *Historia de los Xpontzay de Tacpan Guatemala* (1524). La traducción al castellano, publicada en 1950 se debe a Heinrich Berlin revisada por Adrián Recinos.

Por último, entre las antiguas historias del Quiché, cabe mencionar el *Códice de Calkini*, anónimo, copiado por el manuese Simón Tzab en 1821. Se tradujo por primera vez al español en 1954 en Campeche por Alfredo Barreras quien es autor también del proemio que la acompaña.

En el devenir histórico, la región que ha sido objeto de estudio en este artículo, no ha

sido únicamente el escenario del encuentro entre culturas, cuyo aniversario milenario el mundo entero ha evocado por quinta vez no hace mucho, sino el crisol antillano, centro y suramericano en el que se han fundido otras nuevas cuya coexistencia y pujanza reclaman, una conciliación lingüística capaz de echar por tierra las barreras idiomáticas que, a las puertas de un nuevo milenio, entorpecen todavía el anhelo de integración y de interacción regionales que hace más de 150 años Bolívar anticipara en su *Carta de Jamaica*. Pero, entretanto, para los traductores e intérpretes, artífices de la comunicación, éste puede seguir siendo el *Mare Nostrum*, muchos siglos después.

